

PANAMÁ EN LAS ALTURAS

LOBBY Agosto-Sept 2014 n°56, Por Ignacio Mallo

¿Por qué se construyen rascacielos en Panamá? Es una pregunta repetida en diversos lugares del mundo y en Panamá no es una excepción. Al panameño y a la gente les gusta vivir cada día más en altura. Hay un cambio de mentalidad, se cuenta con más recursos, el país es atención de inversionistas internacionales, existe una competencia entre promotores y arquitectos por construir la torre más alta y emblemática de la ciudad, ese icono que busca identificarla. El paisaje en las alturas adquiere una autonomía propia y la vida social de los ciudadanos se rescata en las sofisticadas e integrales áreas comunes. Es el plus, muchas veces del espacio público inexistente en la ciudad y que los edificios de altura tienen la oportunidad de rescatar y poner en uso para sus moradores de una manera confortable.

El fuerte y sostenido desarrollo inmobiliario de la última década, como la pujante inversión estatal en infraestructura, la realización de grandes proyectos institucionales y corporativos, forman parte de este cambio notable en la construcción como motor económico, que ha puesto a la arquitectura como una protagonista de la transformación y vida cotidiana panameña.

La historia de la construcción en altura en Panamá comienza a finales de los sesenta en la zona exclusiva de 50 hectáreas que conforma Punta Paitilla, colindante al océano Pacífico y donde se ubican algunos de los edificios más altos de la ciudad, como The Point.

El secreto de vivir en las alturas forma parte de un deseo ancestral, es un antiguo sueño del hombre, sentir una cierta liviandad y libertad que lo aproxima a esa rara sensación del espacio infinito. Los arquitectos panameños tenemos en la Torre Panamá La Vieja, construida por los conquistadores españoles hace casi 500 años a orillas del mar Pacífico, un icono en nuestra cultura arquitectónica, obra emblemática que nos otorga una indiscutida identidad.

Desde mi infancia pienso en la construcción de rascacielos, que ya en el siglo XIX comenzaron a despuntar en Chicago, Estados Unidos (Home Insurance Building) y en Nueva York (Park Row Building). Esta gran metrópolis, con los años se reconocería como la ciudad de los rascacielos. Años después, los edificios en altura crecieron como hongos en Nueva York, Hollywood llevó a la pantalla al emblemático Empire State y las grandes capitales comenzaron a levantar sus icónicas edificaciones de acero, cristal y cemento. Asia y con la excepcional Dubai, marcan el siglo XXI con torres impensadas en el siglo XIX y XX, aunque Frank Lloyd Wright planteó la construcción de su famosa torre de una Milla de altura. (1.609 metros). Hace un siglo la revista Life editó en su portada los primeros rascacielos, y las inmobiliarias norteamericanas comenzaron a vender las ventajas de las casas de campo, pero en las alturas. Se promovía de esta manera un nuevo ideal de vida, lo que muy pronto se transformaría en la ciudad vertical. Era una propuesta muy actual, naturaleza y arquitectura, un verdadero confort en las alturas.

La idea no es nueva, está anclada en el imaginario colectivo del hombre desde hace más de un largo siglo y si viajamos en la historia, comprobaremos que al individuo siempre le han interesado las alturas e inclusive ha intentado volar por sus propios medios, antes que se inventara el aeroplano. En todo esto hay un fuerte deseo de aventura intrínseco a la psiquis del ser humano que le mantiene vivo y en progreso continuo. La arquitectura le ha permitido al hombre a lo largo de su historia reflexionar social y tecnológicamente acerca de su futuro. Cada desafío le permite buscar una respuesta adecuada a sus necesidades actuales y cuando las ciudades no son tratadas como entes vivos, ocurren estas crisis que pueden conducir a su colapso.

Hoy nuestras ciudades requieren de una mayor densidad, la necesitan, el tejido urbano debe ser más compacto, evitar la desintegradora e ineficaz segregación. Con este manejo urbano, nunca tendremos una mejor ciudad y una calidad de vida acorde con los tiempos.

La organización vertical de un programa, le permite al arquitecto maximizar y enriquecer los espacios para proporcionar un medio ambiente de calidad al usuario, mediante la incorporación de áreas recreativas y vistas que producen nuevas sensaciones, como la libertad que suele sentirse en altura.

La verticalidad en arquitectura hace posible liberar aquellas áreas que permitirán crear espacio público, hacer más ciudad y transformar un lugar para una mayor integración e identidad ciudadana. Es un reto que no podemos soslayar, porque la densidad y conectividad forman parte de una urbanización sustentable a la que ninguna ciudad puede renunciar en nuestro tiempo. La vivienda, de esta manera, se orienta a que mantenga una relación directa con la calle corredor y el jardín, de un paisaje que permite una mayor convivencia ciudadana. Las construcciones de hoy no deben empeorar el futuro de la ciudad, ya sometida a la ausencia de un urbanismo que urge ocupar su lugar natural y necesario, para hacer posible su viabilidad.

Los edificios altos se van insertando en una nueva visión de la ciudad moderna y al mismo tiempo se adecúan a las necesidades sociales, reduciendo el espacio habitado y garantizando una mejor convivencia de la comunidad. La disminución del precio de la vivienda, no es un factor menor en esta búsqueda incesante de hacer una mejor ciudad, porque también disminuyen los costes de energía. La escala de la ciudad no es la de hace una década en el caso de Panamá y sus demandas son cada día más exigentes para una arquitectura que también está adaptándose a una nueva época.

Desde que se construyeron los primeros rascacielos, hace más de un siglo, estas edificaciones siguen siendo los testigos con mayor memoria de nuestra modernidad.

En el Pacífico panameño se erige la torre más antigua de América latina, la Catedral de Panamá la Vieja, cuyos vestigios son memoria y atalaya de las nuevas generaciones.